

SALLIE ELLEN IONESCO

Sallie Ellen Ionesco tenía veintinueve años de edad cuando el psiquiatra estadounidense Walter J. Freeman le practicó el 17 de junio de 1946 en su consulta en la ciudad de Washington una lobotomía transorbital, también llamada «lobotomía del picahielos»; después de someterla a un puñado de electroshocks para que perdiese la conciencia, Freeman insertó un instrumento parecido a un picahielos del grosor de un dedo en la órbita de uno de los ojos y rompió el hueso craneal con la ayuda de un martillo, a continuación manipuló reiteradamente el instrumento para destruir el tejido del lóbulo frontal que éste encontraba a su paso y después repitió la operación en el otro globo ocular; cuando hubo terminado, puso a la paciente en un taxi. Ionesco era ama de casa y tenía una hija de seis años de edad; desde hacía algún tiempo padecía una depresión profunda con episodios de violencia, paranoia y alucinaciones y había intentado quitarse la vida. Fue la primera mujer lobotomizada por Freeman, quien practicó dos mil quinientas intervenciones de este tipo —tres mil quinientas si se cuentan las llevadas a cabo también con otras técnicas— entre 1946 y el año 1967, cuando su última paciente, Helen Mortenson, otra ama de casa, murió de una hemorragia; la lobotomía transorbital era rápida y, sobre todo, barata; durante una estancia de sólo dos semanas en West Virginia en 1952, Freeman realizó doscientas veintiocho: en un solo día, lobotomizó a veinticinco mujeres. Freeman creía que los problemas mentales de sus pacientes eran el producto de un exceso de emotividad, y que destruyendo su lóbulo frontal esa emotividad se vería considerablemente reducida; para entonces (1952), diez mil personas habían sido lobotomizadas en los Estados Unidos con su método, en su mayoría mujeres. Ionesco vivió hasta los ochenta y ocho años de edad y, de acuerdo con el testimonio de su hija, no volvió a intentar suicidarse, pero tras la intervención padeció graves problemas de memoria que le impidieron tener una vida «normal»: al final de su vida, todavía pensaba en el neurocirujano que la había tratado como «un gran hombre», pero no podía recordar su aspecto físico ni nada

de lo relacionado con la operación. Después de ser expulsado de la profesión médica en 1967, Freeman, por su parte, vendió su casa, compró una caravana y pasó los últimos años de su vida recorriendo los Estados Unidos para dar con sus antiguos pacientes, con la esperanza de que estos validasen su método; pero no tuvo éxito: muchos de ellos habían perdido la memoria, tenían dificultades motoras, problemas para comunicarse, necesitaban asistencia permanente o ya habían muerto. De acuerdo con los testimonios, Freeman no era ningún sádico, tampoco un ignorante, sino alguien a quien realmente movía el deseo de curar a sus pacientes, así como el total convencimiento de que sólo él sabía cómo hacerlo: era un hombre normal, puede pensarse. Pero «normalidad» tal vez sea la palabra que mejor defina la causa de la enfermedad de sus pacientes. (Nota de las Autoras)

soy «esposa»
ya he terminado
soy Zar ahora soy «Mujer»
el nombre sobre mi frente
no ha de usarse más desde ahora
Había sentido hambre, largos Años
Él era un Hombre pasó me identificó
me llevó con Él
un exceso radiante para la debilidad de nuestro Goce
cada vez que hablo por Él

las Montañas me responden prontas
y hay Algo raro dentro
aquella persona que era entonces
y la de ahora
lo de ahora
tiene la Llave que
guarda
nuestra Vida su Porcelana
como una Taza
anticuada rota

La mente está hecha para pesadas Cargas

[Una época codiciosa, corrupta y engañosa]

[¿Por qué los conejos de Mary Toft tenían grano en sus estómagos?

si es que todos habían pastado en ella?]

la Tierra Cenagosa

el Suelo demasiado fresco para el Maíz

Yo quise que la mente dictara las palabras, no lo oscuro que sentía

el exceso me dolió
era tan nuevo

pasó por encima de mi simple Zapato
cubrió mi Delantal llegó hasta el Cinturón
y rebasó el Corpiño

como un Remolino, con una abertura
que más cerca cada Día
iba estrechando su Rueda hirviente

Toda la vida quise que el yo estuviera ausente

que las abejas
ciegas dieran ser al ser por ese anhelo
pasa un panal de silencio y un coraje nace
para el que no existe forma pronominal
No tengo que salir no tienes dudas
como cuando era Niña
y me metían en el Armario
la Almohada Mullida de Suavísima Pluma
la misma cuerda
cuando era vil y nuevo
[¿Qué poder se otorga a la mirada?]
estaba allí
yo de Mí abdicando
Él no tenía más que desearlo nunca consideraba
que hacía daño
eso no incumbe en absoluto al Hierro
Derrumbarse no es un Acto de un instante
grandes Avenidas de silencio conducían
a las Noches
las Horas

procesos de Dilapidación
son Desmoronamientos organizados
sus estacas más feroces
alardes con un Hueso

prometí no amar la falta, hasta que la boca estuvo llena de
lo que no fue

Él hizo como si fuese a devorarme

la membrana que recubre el ojo

la parte que de mí quedaba

balbuceaba como idiota

ahora lo soportaré mejor
puedo

vadear la pena

el Amor que no vamos a volver a usar

yo creo que estaba embrujada

cuando al principio

casi me esforcé por sujetar su Mano

[Pero Mary Toft paría conejos, cambiaba una suavidad

por otra, como la

del Borde delirante de tu vestido

un tintineo más dulce

para el Oído de un Avaro

un no admitir la herida

hasta que fue tan profunda que
toda mi Vida estuvo dentro

muy poco a poco

no paré de correr

[¿Cuántos conejos?]

caíste, perdida

[«Una imperfección de la naturaleza humana» Pero

[Fueron seis conejos, todos murieron al nacer]

[Mary Toft dijo que no podía dejar de pensar en ellos]

[Después de perder su niño

[No sabía si tenía veinticuatro o veinticinco años

no sabía

cuando algo se quebró

y te arrancó

[Ya tenía tres niños

trabajaba en el campo

Una «pobre mujer»,

otra

Pero los engañó a todos esos hombres

saltaban en su útero, decía

pero al nacer, agregaba, ya habían muerto]

Poseer es imposible. Ese es el premio

No nos amamos

no nos queremos

no nos elegimos

pero compartimos la alegría del nombre

tan suntuosa

Desesperación

los Apenados

son muchos

las Causas muy diversas

Como si tu Sentencia quedara

ya dictada

y empujado un leve instante se derrumba

cuestionado

se disuelve

Nadie finge el Espasmo

Ni simula el pavor

El Gato da una tregua al Ratón

afloja los dientes

sólo lo suficiente

para que lo engañe la Esperanza

enseguida lo tritura hasta morir

estoy tan acostumbrada

la vida de la joven

oculta tras este tenue Eclipse

la Inmensidad quemada
nunca hasta aquí se consumió
no se veía para ver

la Oscuridad se mantenía tan firme

fue mi estratagema

empeñada en confirmar la Noche

los días en que los Pájaros vuelven sólo unos pocos
para que la Memoria pueda

[La mujer da a luz a lo que mira]

*[Entre las paredes del hospital
Mary Toft era estéril]*

un sosiego Futuro

un Infinito Yermo

una languidez de la Vida

más inminente que el Dolor
es sucesora del Dolor

una Somnolencia

un Ofuscamiento

cubre el Precipicio

hueso a Hueso

ha ejercido ya su Ministerio
no queda ya Vitalidad

el Agua se conoce por la sed

la Tierra
desplegó su horror ante mi rostro
hasta cegar mis ojos

la mayor sensatez
para un Ojo sagaz

[¿Qué poder se otorga a la mirada?]

el Corazón Rígido pregunta si fue Él quien pudo soportar
la hora de Plomo

si se sobrevive

el Ojo no estaba destinado a conocer

primero frío luego Estupor después el abandono

el bálsamo extendido
sobre este dolor mío

por la Nieve, los Pájaros.
quienes vivieron el duelo

la Fuerza no es sino Dolor

amarrado

*[Si llegásemos a conocer cómo son las cosas en realidad,
y cuál es su causa]*

tu plausible apariencia
mi vida concluyó
dos veces antes de concluir
y luego a la Razón se le partió una Tabla
y yo caí
y caí
hasta tocar un Mundo, en el descenso
el Médico no palidece ante el dolor
su hábito es severo
ha dejado de sentir
casi induce mi fe
y te responderá la ciencia llega tarde
la Ciencia
de Aquellos que empiezan a desfallecer
sin otra marca
que la diferencia interior
cualquiera
es la Insignia de la Desesperanza
cuando llega
el Paisaje la escucha
entonces
sentí un Funeral en el Cerebro

un Único imperioso Trueno
escalpa
y cierra con un clavo los ojos
como si taladraran el Sentido
pasó en ese instante mismo
sonaba y sonaba hasta que me pareció
que la Mente se entumecía Oí
entonces
cómo levantaban la Caja
qué sienten los dedos
la Mente
sentí una Hendidura
como si el Cerebro se me hubiera partido
traté de componerlo Costura con Costura
pero no conseguí que coincidieran
luego el Espacio comenzó a tocar a muerto
Cuando los Vientos apresan los Bosques con sus Garras
el Universo queda inmóvil
[Pero Mary Toft tuvo después una hija

humana hasta en el terror al encierro]

la diferencia

entre

la Desesperación y

y el Miedo

es como la que

lo que puede venir

lo que puede perderse

náufraga, solitaria, aquí

la Mente está tranquila

inmóvil

resignada como el Ojo

que sabe

que no puede ver

[¿Qué poder se otorga a la mirada?]

después

una calma de espanto

vendría

a ordenar el pensamiento

El Cerebro pesa lo mismo que Dios

ligero como un Junco

inclinado en el Agua, apenas resistió

Y aun reivindico

incluso en la oración

que no soy una ladrona

tu corazón sobrevive

por sí mismo

perteneciéndose solo a sí mismo

todo, enteramente todo
y viable en su oscura caverna bajo tus costillas

Si esto es consuelo—entonces

lo otro—era dolor—

Lo sé pues lo he probado

Este «epílogo» a *La naturaleza secreta de las cosas de este mundo* consiste en la apropiación y el uso de versos de Emily Dickinson, que aquí aparecen en la traducción de Amalia Rodríguez Monroy. También incluye ideas y frases de otras autoras: un pasaje del libro *Tres truenos* de la joven escritora argentina Marina Closs («No nos amamos, no nos queremos [...]»), el fragmento de un conocido poema de Anne Sexton («Y aun reivindico, incluso en la oración [...]») y extractos del libro de María Negroni *Archivo Dickinson*.

Negroni encontró en 2013 entre los papeles de la autora de Amherst que guarda la Universidad de Harvard un repertorio de nueve mil palabras ordenadas alfabéticamente que «registraba de modo exhaustivo las recurrencias verbales de la autora». No pudo sustraerse a la tentación, por fortuna; como escribe, «disponía increíblemente de sus palabras organizadas con la meticulosidad del *Diccionario Webster*, de cierta intimidad por haberla traducido, y también, por cierto, de una admiración de larga data. Elegí, sin pensarlo, las palabras que más resonaban conmigo y a partir de allí, escribí *Archivo Dickinson*, con todo lo que tiene de homenaje y desmesura». Los fragmentos de su libro que regresan aquí a la obra de Dickinson, ampliándola, son los que siguen: «Toda la vida quise que el yo estuviera ausente, que las abejas –ciegas– dieran ser al ser. Por ese anhelo, pasa un

panal de silencio, y un coraje nace, para el que no existe forma pronominal» («Extravagancia»). «Yo quise que la mente dictara las palabras, no lo oscuro que sentía» («Peligro»), «Prometo no amar la falta, hasta que la boca esté llena de lo que no fue» («Opulencia») y «Poseer es imposible. Ese es el premio» («Riqueza»).

Tanto la historia de Mary Toft —quien engañó a buena parte de la Realeza británica y de la profesión médica de la primera mitad del siglo XVIII haciéndoles creer que paría conejos— como la de Sallie Ellen Ionesco y Walter J. Freeman, así como el número y el género de las personas que fueron víctimas de la inclinación estadounidense a lobotomizar mujeres, son reales y provienen de diversas fuentes. De ellas podría extraerse el proyecto de una historia de la Humanidad que consistiese tan sólo en la exposición razonada del daño infligido a las mujeres y del modo en que éste ha terminado extendiéndose, emancipado de sus supuestas causas, para convertirse en el clima dominante de nuestra época. Nuestro anhelo de una vida distinta a la que tenemos, la sospecha de que hay otro lugar para nosotros y la claustrofobia de nuestras vidas urbanas y más o menos confinadas en los últimos tiempos podrían no ser el punto final, sino sólo un punto de partida, y esta esperanza es la que subyace al libro: la de que todas esas huidas que planeamos y en ocasiones llevamos a cabo nos liberen de los condicionantes de clase, de origen y de género que operan sobre nosotros y nos revelen la verdadera naturaleza de las cosas de este mundo y nuestro lugar en él.